

## CAPÍTULO V

### COMIENZO DE LA REVOLUCION RELIGIOSA EN LOS CONCILIOS ECUMÉNICOS

Antes de concretar las reflexiones filosófico-históricas, que estas Asambleas revolucionarias de la Iglesia católica en el siglo décimoquinto nos inspiran, debemos narrar con toda sencillez los hechos capitales, en cuya virtud se preparan y se reúnen. Herida la autoridad superior del mundo católico por la fuerza devastadora del cisma occidental, cayó en lenguas y en consejo de todos. Universidades, cortes, parlamentos, reyes, gobiernos comenzaron a discutir los títulos legítimos de los diversos Papas; y discutiéndolos, comenzaron a sujetar la inefable institución del Pontificado á las humanas disputas. No reinaban los Pontífices en las conciencias por obra de su autoridad espiritual, sino por asentimiento de los fieles, dados á controvertir sus títulos y á aceptar aquellos, no mas canónicos ni mas legítimos, sino mas conducentes á servir los intereses profanos y transitorios de la política. De esta suerte, el criterio particular sobrepujaba á la fe antigua; el exámen libre á la obediencia servil; el laico al clérigo; el concilio al Papa; la revolucion á la estabilidad; la democracia religiosa á la antigua monarquía pontificia. En ningun período resplandece, como en este período de los concilios revolucionarios, la analogía entre los sacudimientos del espíritu llamados revoluciones religiosas y los sacudimientos de la sociedad llamados revoluciones políticas. Nada se parece con parecido tan igual á las profundas conmociones del siglo décimoctavo, como las profundas conmociones del siglo décimoquinto; aunque estas tengan carácter puramente religioso, y aquellas tengan carácter político y social. Los

dos movimientos resultan idénticos: los últimos reyes absolutos preparan la revolucion francesa, como los primeros reyes, que aspiran al absolutismo, preparan la revolucion religiosa. Entre Pedro III de Aragon, Pedro I de Castilla, Felipe el Hermoso de Francia, Eduardo IV de Inglaterra y los reyes del siglo décimoctavo existen las mismas relaciones que entre la base y la cúpula de un grandioso edificio. Estos representan las consecuencias y aquellos las premisas de una misma idea. Los reyes del siglo décimocuarto protegen á los jurisconsultos enemigos del derecho canónico; y los reyes del siglo décimoctavo protegen á los filósofos enemigos de la fe católica. Los reyes del siglo décimocuarto fundan las medras de la autoridad monárquica sobre las mermas de la autoridad pontificia; y los reyes del siglo décimoctavo rematan esta obra de secularizacion tras tantos siglos ya madura. Los reyes del siglo décimocuarto abrogan la orden de los templarios; y los reyes del siglo décimoctavo abrogan la orden de los jesuitas; los reyes del siglo décimocuarto deben llamarse los heraldos de la revolucion religiosa y los reyes del siglo décimoctavo deben llamarse los heraldos de la revolucion política. Unos y otros empujan el Pontificado hácia el abismo, sin comprender, ni unos ni otros, la relacion existente entre las coronas y las tiaras. Así, tras este gran movimiento monárquico del siglo décimocuarto y del siglo décimoctavo, que tiene por objeto el uno iniciar y tiene por objeto el otro concluir la obra del absolutismo, vendrán dos revoluciones, una de ellas premisa tambien necesaria é indeclinable de la otra. A consecuencia del régio impulso, los pensadores del siglo décimocuarto minarán las bases materiales de la autoridad eclesiástica; y los pensadores del siglo décimoctavo las bases morales y dogmáticas. Y el pensamiento de los filósofos y de los jurisconsultos pasará de las altas conciencias individuales á la conciencia popular en el siglo décimoctavo por medio de las asambleas revolucionarias; y en el siglo décimocuarto por medio de los concilios ecuménicos. Aquellas destronarán reyes y estos destronarán Papas; aquellas declararán el predominio de las convenciones nacionales sobre la monarquía y estos el predominio de los concilios ecuménicos sobre el Pontificado; aquellas dirán que la soberanía política reside en la nacion y estos que la soberanía religiosa reside en la Iglesia. Luego, las mismas agitaciones tumultuarias, los mismos debates ardientes, las mismas

banderías diversas, los oradores en sus respectivas tribunas, las ideas democráticas surgiendo de las conciencias y relampagueando en los aires, nuevos apotegmas antes desconocidos, fuerzas nuevas ignoradas antes, la conciencia abriéndose al verbo de una civilización más progresiva y el vigor revolucionario renovando con sus saludables furores los cielos y la tierra.

Ya hemos visto las causas del cisma; y ahora vamos á ver las consecuencias. La muerte de uno de los Papas rivales podía devolver su unidad á la Iglesia, si el disentimiento consistiera en las personas, y no en causas más universales y más profundas. Dividíanse los jefes de la Iglesia católica en Papas de Roma y en Papas de Avignon. Si la diferencia hubiese consistido en las personas, la diferencia se hubiera acabado con la muerte. Pero, consistiendo en las ideas, iban á vivir todo el tiempo que estas ideas predominasen. Así, muerto el Papa de Roma, se eligió otro nuevo Papa en Roma; y muerto el nuevo Papa de Avignon, se eligió otro Papa en Avignon. Por virtud de estas circunstancias reinaron en los últimos años del siglo décimocuarto, en aquella ciudad, Bonifacio IX; y en esta ciudad, Benedicto XIII. Las revoluciones se verifican por causas trascendentales, que están relacionadas con el pensamiento, y con la ciencia, y por causas ocasionales que están representadas por la utilidad y por la economía. Nadie ignora de qué suerte contribuyó la venta escandalosa de las indulgencias y el dinero en ese comercio allegado á determinar y acelerar los movimientos religiosos del siglo décimosexto. Y todo el mundo ignora quizá que á Bonifacio IX toca la parte principal en la revolución, por haber iniciado, como un sistema eclesiástico, la venta con escándalo y con sordidez de indulgencias, jubileos, reliquias; venta que hizo de la Basílica santa de los apóstoles un sucio bazar de mercaderes. No había decreto que se expidiese si no aportaba oro; ni bula que se redactase si no la dictaba el oro; ni consulta á que se respondiese sino mediante oro. Joven, y por lo mismo con largos y dilatados horizontes para lo porvenir; en compañía de una madre y de unos hermanos corrompidos todos por el vicio de la avaricia; la santa religión se convirtió, bajo su mando, en asunto de infames granjerías. Todo se vendía en el Vaticano, y como todo se vendía en el Vaticano, vendióse también ¡parece imposible! un jubileo universal. Mientras historiábamos los tiempos de Bonifacio VIII, hacíamos resaltar las diferen-



*Bonifacio IX.*

En las diversas, los oradores en sus respectivas tribunas, las ideas demoradas surgiendo de las conciencias y relampagueando en los aires, nuevos apogemas antes desconocidos, fuerzas nuevas ignoradas antes, la conciencia abriéndose al verbo de una civilizacion mas progresiva y el vigor revolucionario renovando con sus saludables furores los cielos y la tierra.

Ya hemos visto las causas del cisma; y ahora vamos a ver las consecuencias. La muerte de uno de los Papas rivales podia devolver su unidad a la Iglesia, si el disentimiento consistiera en las personas, y no en causas mas universales y mas profundas. Dividiáanse los jefes de la Iglesia católica en Papas de Roma y en Papas de Avignon. Si la diferencia hubiese consistido en las personas, la diferencia se hubiera acabado con la muerte. Pero, consistiendo en las ideas, iban a vivir todo el tiempo que estas ideas predominasen. Así, muerto el Papa de Roma, se eligió otro nuevo Papa en Roma; y muerto el nuevo Papa de Avignon, se eligió otro Papa en Avignon. Por virtud de estas circunstancias reinaron en los últimos años del siglo decimocuarto, en aquella ciudad, Bonifacio IX; y en esta ciudad, Benedicto XIII. Las revoluciones se verifican por causas trascendentales, que están relacionadas con el pensamiento, y con la ciencia, y por causas ocasionales que están representadas por la utilidad y por la economía. Nadie ignora de qué suerte contribuyó la venta escandalosa de las indulgencias y el comercio en ese comercio allegado a determinar y acelerar los movimientos religiosos del siglo decimosexto. Y todo el mundo ignora quizá que a Bonifacio IX toca la parte principal en la revolucion, por haber convertido como un sistema eclesiástico, la venta con escándalo y con sordidez de indulgencias, jubileos, reliquias; venta que hizo de la Basílica santa de los apóstoles un sucio bazar de mercaderes. No habia decreto que se expidiese si no aportaba oro; ni bula que se redactase si no la dictaba el oro; ni consulta a que se respondiese sino mediante oro. Joven, y por lo mismo con largos y dilatados horizontes para lo porvenir; en compañía de una madre y de unos hermanos corrompidos todos por el vicio de la avaricia; la santa religion se convirtió, bajo su mando, en asunto de infames granjerías. Todo se vendia en el Vaticano, y como todo se vendia en el Vaticano, vendióse tambien ¡parece imposible! un jubileo universal. Mientras historiábamos los tiempos de Bonifacio VIII, hacíamos resaltar las diferen-



*Bonifacio IX.*